

La vigencia del mundo clásico Algunos aspectos de la educación romana

Dr. Raúl Buono-Core
Departamento de Ciencias Históricas
Universidad de Chile

ABSTRACT

The article proposes to show that classical antiquity is not unrelated, as is generally thought in Latinamerica, to our problems and to our present history. On the contrary, in light of the message from His Holiness John Paul II during his visit to Chile, the educational values of ancient Rome appear as a present cultural reality, above all the concepts of *Paideia* and *Humanitas*.

El estudio del Mundo Clásico, y particularmente lo que envuelve a la cultura Greco-Romana, es, para la mayoría de los Latinoamericanos, una pérdida de tiempo que está muy ligada a la mentalidad que generan los problemas de los países en desarrollo, con tantos conflictos principalmente socio-económicos, que son siempre el motivo principal de las discusiones cotidianas en el común de los ciudadanos que componen estas naciones.

Ante una evidencia como ésta, podría parecer que la Antigüedad Clásica está desligada de nuestros problemas, y de nuestra historia actual; por lo que no vale la pena detenerse en ella por carecer de una vigencia y aplicación inmediata, por cuanto en verdad es preocupación de unos pocos eruditos o nostálgicos de tiempos remotos y de antiguas tradiciones.

Esta situación, que ha sido también cargada de un fuerte sentido político, ha sido la tentación de muchos para erradicar su estudio, y aún más, para que sean desterrados completamente de la formación educativa de las futuras generaciones de jóvenes que tendrán en sus manos el destino del continente y de sus respectivos países.

Estos hechos, que son el producto de un cierto subdesarrollo intelec-

tual, hizo también que la visita de su Santidad Juan Pablo II a Chile, creara una serie de expectativas de toda índole, con finalidad distintas y honestidad diversa.

Sin duda que para muchos que estaban en esta situación, la visita sobrepasó bastante lo que en realidad se esperaban, y todos los propósitos predeterminados fueron arrollados por esta figura venerable, que en cada paso que daba, dejaba atrás un testimonio de sabiduría, de veneración, de ponderación, de una experiencia que no es el solo fruto de una vida, sino también del peso de una historia milenaria, de tradiciones milenarias, que surgieron a la luz súbitamente, aún cuando la mayoría en ese momento no supo o no pudo darse cuenta del peso que esto tenía. De algún modo, la presencia de la Antigüedad Clásica estaba vigente, porque mucho de aquello era una composición de diversos conceptos y valores que han movido a la humanidad desde la Antigüedad.

Paideia y *Humanitas*, dos conceptos educativos del mundo greco-romano, irrumpieron, yo diría, violentamente en la conciencia de los hombres que escucharon la palabra creadora y civilizadora de Juan Pablo II. La familia Chilena se sintió como desde hace mucho tiempo no se sentía, fuertemente ligada en torno al significado que esta visita tenía, y al mensaje que entregaba.

Por esto he creído conveniente traer a colación algunos aspectos de la educación romana, y tratar de dar una rápida visión de lo que era la vida de familia en la antigua Roma, y como se educaba a los niños en los años anteriores a la segunda guerra púnica. Para esto, hay que remontarse a una de las tribus itálicas más antiguas, los sabinos, vecinos de los romanos y con los cuales tenían muchas cosas en común, aún cuando, con el correr de los siglos, se convierten en enemigos implacables.

Romanos y Sabinos eran dos comunidades agrícolas, y que históricamente estaban relacionadas intimamente. Existen buenas razones para creer que a partir del tiempo de la monarquía, a pesar de algunas escaramuzas fronterizas, hubo de continuo elementos sabinos en la población romana¹. Pero después de su derrota final a manos de M. Curio Dentatus, en el año 290 a.C., la mayor parte de su tierra original fue dividida en pequeñas parcelas familiares, y muchas personas de la misma Roma y de los distritos circundantes fueron a vivir y a trabajar a la región de los sabinos, acomodándose a su modo de vivir y desarrollando las mismas características². De este modo entonces, en los territorios montañosos al noreste de Roma, hacia los Apeninos, encontraron condiciones bastante más difíciles que en el mismo Lacio y, según el antiguo cronista Fabio Pictor, fue sólo después de que los romanos conquistaran a los sabinos

¹ E.T. Salmon en "Oxford Classical Dictionary", (Oxford, 1970), s.v. *Sabini*, pp. 941-942.

² Tito Livio, *Epit.*, 11.

cuando empezaron a darse cuenta de lo prósperos que eran ellos mismos³.

Horacio, en una de sus odas, exalta las cualidades que en su tiempo al parecer escaseaban, y exaltando a los que habían vencido a los más formidables enemigos de Roma, describe su vida primitiva en forma pintoresca, que recuerdan la región de los sabinos que él tan bien conocía. Eran, dice, hijos robustos de «soldados campesinos», acostumbrados a remover la tierra con el azadón sabino y a acarrear los troncos cortados a una orden de la madre cuando el sol iba cambiando las sombras en las laderas de las montañas, y aliviando de su yugo a los bueyes fatigados⁴. Ensalzan a los «hombres del arado» (*illi ab aratro*) que habían dejado sus minúsculas haciendas para servir, y a veces para salvar al Estado, y habían regresado después a la tierra.

Después del año 191 a.C. los romanos comenzaron una mayor expansión fuera de sus fronteras. Por medio de conquistas exteriores y por el comercio exterior adquirieron una riqueza que transformó gradualmente su modo de vida, e hizo posible, que muchos gozasen del ocio y del lujo urbanos. Los sabinos, sin embargo (que en el año 268 a.C. habían recibido la plena ciudadanía romana) no se vieron tan afectados por el cambio, y mantuvieron durante siglos sus características originales, como atestiguan muchos autores posteriores.

A causa de la naturaleza de su vida y de su entorno, los sabinos habían sido siempre un pueblo duro y autodisciplinado; «austeros», «serios», «estrictos», son algunos de los epítetos que autores como Cicerón⁵, les aplicaban constantemente. Una buena ilustración de la educación de los sabinos la hallamos en la experiencia de Marco Terencio Varrón, que había nacido en Reate en el 116 a.C., y vivió hasta cerca de los noventa años. Nos cuenta cómo cuando joven, no tenía más que⁶ una toga y una sola túnica, sandalias pero sin nada para cubrir las piernas, ni silla para el caballo, y raras veces podía disfrutar de un baño apropiado⁷. La moralidad de los sabinos era ampliamente admirada, y casi proverbial. Cicerón los llamaba «gente excelente», y Livio decía que ninguna raza había estado más libre de influencias contaminadoras⁸.

Las mujeres sabinas eran respetadas por su fidelidad y por su lealtad, mucho tiempo después que la relajación moral estuviese a la orden del día en Roma⁹. Pero el escritor agrícola Columela no hace ninguna distinción cuando se refiere a la «antigua práctica de las amas de casa sabinas

³ Estrabon, V, 3,1.

⁴ Seneca el viejo, *Contr.* I, 6, 4; II, 1, 8; Valerio Maximo, IV, 4, 4-11.

⁵ *In Vat.*, 15, 36; Tito Livio, I, 18, 4; Horacio, *Epp.*, II, 1, 25.

⁶ Ovidio, *Am.*, III, 8, 61.

⁷ W. M. Lindsay. *The Latin Language*, (Oxford, 1864), p. 155, Varrón en Nonio.

⁸ *Pro Lig.*, II, 32; Tito Livio, I, 18, 4; Juvenal, X, 298-9.

⁹ Ovidio, *Am.*, II, 4, 15; Marcial, 11, 15, 1-2.

o romanas» en los tiempos primitivos. En ambas comunidades, marido y mujer compartían las responsabilidades como compañeros, el hombre procurando por sus intereses fuera de casa, y la mujer tomando a su cargo el hogar. «Se tributaba el mayor respeto, dice, a las matronas, como resultado de la armonía combinada con la diligencia; la mujer estaba animada por un deseo laudable de emular a su marido, y era diligente en incrementar y mejorar sus bienes por su prudencia», pues «los dos trabajan juntos para el común provecho»¹⁰.

La rectitud con que eran educados los hijos era la misma, tanto para los sabinos como para los romanos. Horacio deja bien en claro que la madre sabina esperaba que sus hijos obedeciesen sus órdenes sin discutir, y para comprobar la antigua disciplina doméstica y su severidad, podemos recordar el ejemplo de uno de los más famosos patriarcas romanos, cuyos antepasados habían, de hecho, llegado originalmente de la tierra de los sabinos¹¹.

Cicerón nos describe a Apio Claudio Caecus¹², constructor de la vía Apia: «Mantuvo el control sobre sus cinco hijos vigorosos, sus cuatro hijas, toda aquella gran familia y todos aquellos que dependían de él, a pesar de ser al mismo tiempo viejo y ciego; pues no sucumbió indolente a la vejez, sino que mantuvo su mente tan vivaz como un arco bien tensado. Empuñó no solamente la autoridad, sino el mando absoluto (*Imperium*) sobre su familia; sus esclavos le temían, sus hijos lo veneraban, todos lo amaban, en aquella familia las costumbres ancestrales y la disciplina mantenían su gobierno».

Ciertamente que en las diversas épocas de la Historia de Roma hubo diferencias de temperamento individual, y la autoridad de un Apio Claudio Caecus no podía proyectarse a través de los tiempos del mismo modo. Es importante trazar una distinción entre el poder de coerción y de castigo que el padre podía ejercer cuando lo juzgaba necesario sobre las personas que de él dependían, con todo el rigor de la sanción legal (*patria potestas*), y la medida en que realmente ejercía -o necesitaba ejercer- este poder en el transcurso normal de la vida cotidiana. Los derechos del padre con respecto al trato de sus hijos fueron aceptados en la práctica, incluso antes de que fueran consagrados en las Doce Tablas; no tuvieron parangón en toda la Antigüedad, y el jurista Gayo pudo escribir: «El poder que tenemos sobre nuestros hijos es peculiar de los ciudadanos romanos y no se encuentra en ninguna otra nación»¹³.

El padre no solamente podía abandonar a su hijo al nacer; podía repudiar a un hijo descarriado y entregarlo al trabajo servil, ordenar que

¹⁰ Columela, I, *Praef.*, 19; XII, *Praef.*, 10.

¹¹ Tito Livio, II, 16, 4.

¹² *Cato Maior*, 11, 37.

¹³ Cayo, *Inst.*, I, 55; cfr. Justiniano, *Inst.*, I, 9, 2.

fuera azotado, encarcelado e incluso condenado a muerte¹⁴, y todas esas cosas sucedieron a veces. Visto en sí mismo, este cuadro parece ciertamente oscuro y repulsivo en extremo, pero no representa con exactitud el carácter normal de los romanos. En primer lugar, los ejemplos de castigos drásticos, (casi todos en período republicano), provienen en su mayoría de ciertos delitos graves, como una desobediencia flagrante a una orden expresa del padre que tenía el mando durante la guerra¹⁵, o un intento revolucionario para arrebatarse el poder político, o una conjura contra la vida del mismo padre¹⁶, o algún acto calculado para precipitar el renombre de la familia en desgracia¹⁷.

Por otra parte, en circunstancias normales, el hijo descarriado no era condenado sin juicio; aunque era un tribunal doméstico, en el que el mismo padre se convertía en juez, siendo sus decisiones inapelables, aún cuando éstas pudieran ser desagradables para los censores¹⁸. Además existía la fuerza de la opinión pública, que había que tener presente, y la opinión pública se convirtió de un modo creciente en hostil hacia la severidad excesiva¹⁹. Los antiguos romanos no eran personas inhumanas y eran sensibles al afecto natural. El paso del tiempo tuvo un efecto suavizador, y aunque algunos griegos consideran todo el sistema del poder paterno como tiránico, el historiador Dionisio quedó muy impresionado por éste, y alabó su dignidad y su eficacia, en contraposición a la actitud de sus connacionales²⁰.

Pero el efecto general de la autoridad paterna a lo largo del período republicano no fue que ejerciese una influencia represiva en la vida de todos los días, sino que creó una atmósfera en la que los niños crecían con un profundo respeto hacia sus padres, y hasta que llegó la decadencia tuvieron la convicción, sin queja alguna, de que debían hacer lo que se les decía. Incluso bajo el imperio, Séneca declaraba que no había nada que pudiera ser más alabado que el que un hijo pudiese decir: «Obedezco a mis padres, me someto a su autoridad, con razón o sin ella, y aunque sea difícil hacerlo, me muestro sumiso y dócil, y en una sola cosa soy obstinado, en no permitir que me sobrepasen en bondad»²¹. Esto formaba parte de la misma esencia de las *pietas* romanas, y refleja verdaderamente el espíritu de los hijos y de las hijas de la antigua república, vale decir, los que construyeron los cimientos de la grandeza de Roma.

¹⁴ Dionisio, *Ant. Rom.*, II, 26, 4.

¹⁵ Tito Livio, VIII, 7.

¹⁶ Dionisio, *Ant. Rom.*, VIII, 79; Valerio Maximo, V, 8, 2; cfr. Tito Livio, II, 41, 10-11; Seneca, *De Clem.*, I, 15, 2.

¹⁷ Salustio, *Cat.*, 39, 5; Valerio Maximo, V, 8, 3.

¹⁸ Dionisio, *Ant. Rom.*, XX, 13.

¹⁹ Seneca, *De Clem.*, I, 15, 1.

²⁰ Dionisio, *Ant. Rom.*, II, 26.

²¹ Seneca, *De Ben.*, III, 38, 2.

Hacia los ancianos se mostraba también una gran deferencia desde los tiempos primitivos de Roma. Por ejemplo, se aceptaba como una muestra de respeto natural levantarse y ofrecer el asiento a la llegada de una persona mayor, o, generalmente, cederle el lugar²². Los hombres jóvenes consideraban un privilegio dar escolta a los ancianos en su camino hacia el Senado, donde esperaban en la puerta y los acompañaban a su vuelta a casa²³. En las reuniones festivas se hacían indagaciones preliminares para saber quiénes iban a ser los invitados, para que los más jóvenes no ocupasen los lugares antes que los ancianos, y se resistían a marcharse antes de que los mayores se hubiesen levantado²⁴. Si un grupo de tres personas iba caminando por la calle, se reservaba el lugar central del grupo al hombre mayor; si sólo eran dos, el más joven tomaba la posición exterior, la más expuesta²⁵. Los niños se daban cuenta de estas cosas y las ponían en práctica ellos mismos²⁶. Pero lo importante en estas cosas es que los mayores merecían esta atención no sólo por su posición y experiencia, sino por razón de su propia conducta; serios en su aspecto, con modales dignos, y sensibles a cualquier atentado contra el decoro, estaban conscientes de la importancia de su propio ejemplo personal. Se beneficiaban en amplia medida del respeto paterno, en el sentido de que los ciudadanos ancianos eran considerados como los padres comunes de la comunidad²⁷.

Todo este sistema y orden en la vida familiar romana era el resultado, en parte, de su carácter nacional, y, en parte, de las condiciones impuestas por su trabajo agrícola. No había nada imprevisto en la vida de los agricultores romanos. Virgilio lo sabía, necesitaban constantemente hacer planes por adelantado, y había muchos trabajos que realizar en la estación apropiada. Los calendarios agrarios que han llegado hasta nosotros, grabados sobre piedra, dan los detalles de cada uno de los meses²⁸. En tiempos de paz la familia romana se mantenía unida, dedicando sus energías a las tareas comunes. A medida que llegaban y pasaban los meses de más trabajo, los padres se ayudaban por los hijos mayores varones en el trabajo de la tierra, mientras sus hermanas ayudaban en la casa. Las niñas aprendían a hilar y a tejer, pues el ama de casa hacía ella misma la ropa para la familia, y todavía no había delegado este deber en la esposa del capataz de las tierras. El trabajo con la lana era una actividad de la que se enorgullecían mucho las mujeres, como nos muestran muchos epita-

²² Cicerón, *De Inv.*, I, 30, 48; *De Sen.*, 18, 63; Tacito, *Ann.*, III, 31; Juvenal, XIII 53ss.

²³ Valerio Maximo, II, 1, 9.

²⁴ Gelio, II, 15, 2.

²⁵ Ovidio, *Fasti*, V, 67-8; cfr. Cicerón, *De Rep.*, I, 12, 18.

²⁶ Cfr. Plutarco, *Cic.*, 2,2.

²⁷ Cicerón, *De Off.*, I, 34, 122-3; Valerio Maximo, II, 1-9; cfr. Platón, *Leg.*, V

²⁸ Cfr. *Corpus Inscriptionum Latinorum*, I, p. 280ss.

fios²⁹, y así simbolizaba devoción al hogar el hecho de que, en la ceremonia del matrimonio romano, la novia llevara un huso y una rueca³⁰. Incluso en los días refinados del primitivo imperio, Augusto hizo que su hija y sus nietas fueran educadas en este arte doméstico³¹.

Cuando a la caída de la noche, la familia se reunía para la comida más importante del día, los niños tenían a veces su mesa propia, situada cerca de los divanes donde se reclinaban los mayores, o se sentaban a los pies del diván más bajo³². Las condiciones no eran lujosas, sus lechos eran sencillos con cabeceras talladas rústicamente, y sus vajillas, como los demás bienes de la casa, eran de barro común. Ciertamente, la comida de los romanos primitivos fue muy simple, en comparación con los suntuosos banquetes de tiempos posteriores, cuando abundaron los manjares importados y cuando ejércitos de expertos gastrónomos servían a paladares aburridos.

En la biografía de Plutarco sobre Catón el Viejo, podemos ver aspectos realmente interesantes de la formación que dio a su hijo. Lo vemos salir apresuradamente del Senado para estar seguro de llegar a casa antes de que bañasen y acostasen al niño; pues solamente los asuntos públicos importantes eran susceptibles de hacerle renunciar a este placer. Después lo vemos enseñando a leer y a escribir al niño, a pesar de tener una vida pública excepcionalmente activa, y de poseer en casa a un esclavo perfectamente capacitado, que podía haberse encargado de ello. Así, escribe en letras grandes y legibles narraciones sobre la historia de la Roma primitiva, a fin de que el muchacho se vaya familiarizando desde el comienzo con las antiguas tradiciones de su patria. Mas adelante, lo vemos con él, nadando en el Tíber en un día de mal tiempo, o acampando juntos en el calor del verano o en el hielo del invierno. Esto formaba parte del proceso endurecedor de Catón, e iba acompañado de lecciones de equitación, pugilato, jabalina y del manejo de las armas. Más tarde los dos están en casa de nuevo, y por la noche, quizás a la luz de una lámpara de aceite, hojean juntos los documentos básicos del Derecho Romano.

Así, Marco Catón, según el verdadero estilo romano, intentó moldear a su hijo como a su propia imagen. Hombre polifacético, llegó a componer una enciclopedia, en fecha más tardía, dedicada a su «hijo Marco», fue un guía experto, como agricultor, soldado, abogado, orador y hombre de estado³³. Pero la naturaleza no siempre da lo que el hombre quiere: Marco Catón Liciniano, aunque afrontó el riguroso entrenamiento impuesto por

²⁹ *Carm. Epigr.*, 52, 8; 63, 14; 237; 492, 16, *et. al.*; cfr. Tito Livio, I, 57, 9; *Laudatio Turiae*, I, 30.

³⁰ Plinio, *N.H.*, VIII, 74, 194; Plutarco, *Quaest. Rom.*, 31.

³¹ Suetonio, *Aug.*, 64, 2.

³² Tacito, *Ann.*, XIII, 16, 1; Suetonio, *Aug.*, 64, 3; *Claud.* 32.

³³ Cfr. Nepote, *Cato*, 3; Quintiliano, XII, 11, 23.

su padre, no tuvo ni la fuerza ni el vigor de él, y Catón debió relajar la severidad del modo de vida que le impuso. Era valiente, pero no tenía el necesario vigor físico que las campañas militares le exigían. Su natural inclinación lo llevó al derecho, convirtiéndose en un destacado jurista, y autor de una obra de quince libros sobre las reglas del derecho. El destino, sin embargo, no le concedió una larga vida, pues murió a los cuarenta años, en el mismo año en que era pretor. Su padre en cambio, vivió hasta los ochenta y cinco años.

He querido hacer esta relación acerca de algunos aspectos de la educación romana, porque lo que podría parecerles lejano y distante es el reflejo de lo que significa propiamente la romanidad: resguardo del legado helénico, unificación del mundo mediterráneo, imposición inteligente de moldes de educación que conducen a una cultura común, creación de una institucionalidad política que más allá de las inevitables tensiones y desgarros, permitió el asentamiento de un mundo diverso. Es sobre esa base que el cristianismo echará raíces y se extenderá sobre el mundo con su creatividad y cultura.

Como afirmara Juan Pablo II en su discurso al mundo de la cultura: «El hombre vive una vida verdaderamente humana gracias a la cultura. La cultura por su parte, en la variedad y riqueza de su creatividad, da razón de que el hombre es un ser distinto y superior al mundo que lo rodea. Por esto, el hombre no puede estar fuera de la cultura. La identidad cultural supone tanto la preservación como la reformulación en el presente de un patrimonio pasado, que pueda así ser proyectado hacia el futuro y asimilado por las nuevas generaciones. De esta manera, se asegura a la vez la identidad y el progreso de un grupo social»³⁴.

³⁴ Discurso pronunciado en el "Encuentro con el Mundo de la Cultura, el 3 de abril de 1987 en la Casa Central de la Pontificia U. Católica de Chile".